



UNA VISITA A GERNIKA

A mi querido amigo D. Mario Adán de Yarza

... Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria ...
DANTE.

Desde que me ocupo en las cosas del país euskaro—van ya por delante algunos años—deseaba vivamente visitar el árbol de Gernika, que merced á la labor de efusiones líricas y políticas, oportunas como pocas, es símbolo de las libertades basko-nabarras.

Cumplí este deseo el pasado mes de Abril, con ocasión de un viaje por la costa de Bizkaya, el cual me ha hecho deudor, al recibir obsequios innúmeros, de la cortesía y cariño de mis correligionarios y amigos. La visita la realicé en condiciones tanto más gratas, cuanto que me acompañó, á modo de *cicerone*, el cumplido caballero bizkaino D. Mario Adán de Yarza, en quien ni se mudan los afectos ni se cam-

bian los ideales, por lo que puede valer su constancia, realmente polar, para la orientación de los buenos.

Al recorrer las casi desiertas calles de la villa, comenzó á afligirme el contraste que ofrecía su silenciosa quietud con el bullicio, animación de gentes y concurrencia de personas forasteras que la celebración del Congreso bizkaino provocaba, según me lo han contado, que á mí, por desgracia, tan solo me toca asistir á la ruina y derrumbamiento de las cosas que amo, como si estuviese destinado á ser perpétuo cortesano de la desgracia, y á no escuchar otros gritos de júbilo que los de los enemigos voceando sus victorias.

Era la tarde de uno de esos días de primavera, en los que la luz del sol alterna con la obscuridad de las nubes; y aunque conservaba mi alma la placidez de la encantadora vega guerniquesa, la lucha del sol y las nubes restablecía el ritmo ordinario de mis pensamientos que pasan, desde la claridad de la esperanza á la lobreguéz del desaliento.

Llegamos frente al santuario foral, y apenas ví el árbol, aun sin penetrar dentro del solitario recinto, con veneración y piedad infinitas me descubrí delante del augusto roble, como cumple á quien contempla la personificación de las libertades más antiguas y honradas del mundo.

¡Cuán grande es lo pequeño vivificado por el espíritu de la verdad y la justicia! Un pobre árbol de especie común, que no peregrina; nacido y criado en apartadas montañas, con la corpulencia del tronco y el follaje de las extendidas ramas por toda gala y adorno, vence, en el sentimiento de hermosura moral que infunde, á los más celebrados monumentos que el genio levanta y la fama incansable pregona.

Una raza de origen ignoro y de milenaria ascendencia, cuyos poemas y archivos los cifra y compendia exclusivamente su admirable lengua, en la que han dejado las auroras diluvianas su reflejo y las odiseas innarrables su estela, desposeída de inmensos territorios por tribus bárbaras que la vencen, no con el valor, sino con el número, acorralada en el pirineo, pelea, lucha, batalla, vive la epopeya indomable y austera, la epopeya silenciosa, siempre acción, nunca palabras, la epopeya sin Homérides, única en el mundo, porque para ella, la victoria ó la muerte son accidentes comunes en la vida; diseminada por sus peñascales, contempla impávida el pasar de los pueblos de presa, resiste sus acometidas y arroja por encima de las fronteras á celtas, latinos, godos, árabes, francos y castellanos. Vive en íntima co-

muni6n con la naturaleza, y le sirven de templo, los bosques; de altares, las monta~as; de antorchas y l~mparas, la luna llena. Son sus ritos y ceremonias religiosas, los bailes simb6licos; su divinidad 6nica y soberana, el «Se~or de lo alto»; su poder pol6tico, las asambleas del pueblo; la musa de sus leyes, la tradici6n y la experiencia; jueces, los ancianos; dosel de sus tribunales, las ramas de los 6rboles; medios de prueba, la palabra de los hombres libres 6 iguales. Recibe sin oposici6n, porque 6 tanto la predisponían sus rudimentarias creencias, la luz divina del Evangelio, y clava el madero redentor en todas las cumbres de sus valles, y 6 él se abraza para jam6s apostatar, as6 como para reñir, hasta la consumaci6n de los siglos, los grandes combates de la f6 de Cristo, de cuya cruz toma nuevos principios con los que transforma, eleva, ennoblece, purifica, perfecciona y apura la bondad nativa de sus instituciones patriarcales, logrando, donde elementos extraños no la alteran y perturban, constituir una democracia cristiana, una sociedad honestamente progresiva y resueltamente conservadora, unas costumbres suaves, morigeradas, sencillas, laboriosas, un pueblo que llena los templos y deja vac6as las c6rceles, y que ha hecho de la cualidad de baskongado, sin6nimo, pocas veces fal6z, de honradez y lealtad diamantinas.

ARTURO CAMPION.

(Se continuar6)





UNA VISITA A GERNIKA

(CONTINUACIÓN)

Las instituciones euskaras que el árbol de Gernika personifica y simboliza, perpetuaban en nuestra Europa moderna, y singularmente dentro de España, un tipo de organización constitucional que la monarquía absoluta, primeramente, y después su legítima heredera, la revolución, extirparon inicuaamente en la mayor parte de los pueblos: dichas instituciones formaban una constitución libre, espontánea. Elaboradas lentamente, á imagen de las capas de sedimento que se van depositando en el fondo de los mares, llegaron á la luz de la vida por brotes sucesivos, por influjo natural de las recónditas fuerzas que obran en los senos de la sociedad, como las fuerzas cósmicas en el planeta. De ellas cabía decir lo que de la Constitución inglesa: que entraron siempre por mayor cantidad, en sus leyes, las soluciones experimentales de lo pasado, que no los imperativos filosóficos de lo presente ni las aspiraciones ideales de lo porvenir. Signo de salud nacional robusta

es este, de la que gozaron los romanos en la antigüedad y los anglosajones en la edad moderna.

El bosque que se resiste á los huracanes, está adherido á la madre tierra por las raíces; las algas que flotan sueltas en los mares, pronto quedarán en la orilla, á secarse y podrirse, en cuanto las olas que allá las arrastraron se retiran. Ni nuestro cuerpo tampoco, en la incesante renovación de sus moléculas, las sustituye todas de golpe, por no perder su forma arquetípica, y disiparse cual una inestable condensación de vapores; ni siquiera las edades sucesivas parten entre sí el dominio de sus años, con rayas y signos indeleblemente trazados, de suerte que haya posibilidad de decir, aquí, en este punto fijo concluye la niñez, y en ese otro contiguo comienza la juventud, sino que, por lo contrario, todo lo que existe, guardando sus leyes propias, engarza y ajusta, uno en otro, los movimientos de su mudanza y las fases de su evolución.

Privilegio del hombre es el de modificar, según los límites de su libre albedrío, las leyes naturales que obedecen ciegamente los demás seres; pero privilegio del que ha de usar con moderada prudencia, porque la sanción que castiga la sistemática transgresión de aquellas es tremenda. Hay individuos y pueblos enteros que suelen conceder desmedida importancia á los conceptos subjetivos de la razón, desentendiéndose de las circunstancias de tiempo y espacio, imaginando que es suficiente aparezca una cosa como razonable, para que, desde luego, la estimen posible. Esta tendencia de pueblos é individuos constituye el espíritu revolucionario, al que únicamente le hace falta que venga á solicitarle alguna secta ó escuela religiosa ó filosófica para romper en estragos. Verdad es que, semejante aberración y debilidad de entendimiento, suele disfrazarse con el nombre bien sonante de idealismo, y este calificativo deslumbra á muchos, cuya magnanimidad de ánimo y repulsión á lo grosero, prefieren, con creces, los molimientos de Don Quijote á las harturas de Sancho Panza.

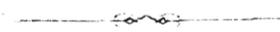
No anduvo avara la naturaleza en lo de proveer á España de cierto linaje de idealistas, pues no ya legiones de individuos, sino razas enteras la pueblan y habitan, merecedoras de ese calificativo. Castellano era aquel monarca Alfonso, apellidado el Sabio, que tuvo la portentosa ocurrencia de compilar la legislación romana, muy estudiada en las escuelas de entonces, para llevarla á Castilla, como quien lleva siemiente de remolacha ó una variedad de la especie bovina. Y aun que

la tentativa de D. Alfonso provocó, como no podía menos de suceder, la resistencia de sus vasallos, no por eso fué el suyo acto genial y es-
trambótico de uno de esos caracteres que, con locución prestada, llama-
mos *excéntricos*, sino que fué compendio y representación de las
tendencias ingénitas y propias de una raza entera, más capaz de asimi-
larse los elementos de extrañas culturas, que no de desarrollar los
suyos y castizos, y que si ha podido servir de argamasa que une entre
sí las diferentes piedras del edificio nacional español, débelo á que es
materia flexible, substancia maleable, personalidad ondulante y pro-
téica.

Preludió el rapsoda de *Las Partidas* el sistema de legislar por
fórmulas y recetas estudiadas de coro en libros, convirtiendo el arte
de gobernar los Estados en una especie de alquimia. Inauguró el régi-
men de la pedantocracia y el imperio funestísimo de los catedráticos,
filósofos y literatos, la monomanía de las comisiones de Códigos cons-
titucionales y civiles, la descomunal influencia de los abogados, el há-
bito de equiparar los pueblos á expedientes de cura y oficina, la acción
demoledora, en suma, de la *razón razonante*, que tanto impulso, ha
recibido de la revolución francesa, que es el triunfo más completo que
han logrado, hasta ahora en el mundo, los principios abstractos, la
deducción geométrica, el odio á la tradición y la ignorancia de la
historia.

ARTURO CAMPIÓN

(Se concluirá)



UNA VISITA A GERNIKA



(CONCLUSIÓN)

Gracias á la idiosincrasia mental de las razas que detentan la hegemonía en la Península, sazonada con el corrosivo condimento de las ideas liberales y democráticas, hemos venido á representar los administrados el papel de los conejos de Indias del laboratorio de Mr. Pasteur. Y es espectáculo que movería á risa, si no costase muchas lágrimas, ver de qué manera Solones de Ateneo, Licurgos de Academia y Numas de Revista, actores del simulacro parlamentario, obligatorio, pero no gratuito, traducen leyes como otros traducen folletines, é inquieren, en vez y lugar de lo que conviene á España, lo que hacen los franceses, piensan los alemanes y practican los ingleses, sirviéndonoslo aderezado con la más brillante, canora, fantasmagórica, vana é irrestañable palabrería que ha zumbado en el oído de los siglos desde la época de los sofistas griegos.

Pero el hastío es grande, y, el que menos, repite las palabras de Carlyle: «Los grandes hombres *silenciosos* son la sal de la tierra. Desdichado del país que está privado de este linaje de hombres: va por mal camino. Se asemeja á un bosque que no tuviese *raíces*, todo ramas y hojas: secándose pronto, ya no sería bosque. ¡El Silencio, el gran imperio del Silencio, más alto que las estrellas, más profundo que los reinos de la Muerte!, sólo es el grande: lo demás es pequeño.» Y otros van más lejos aún, y se sienten movidos á mostrar indulgencia á quien, imitador de Marco Antonio, clave en las puertas del Congreso la lengua del más famoso y celebrado de los oradores y levante á la categoría de institución pública la mordaza.

De esas leyes y de esos Congresos eran perfecta antítesis las leyes

y el Congreso bizkainos. La composición de sus Juntas, la calidad de sus junteros y la índole de los negocios de su competencia, lejos de favorecer, ni toleraban siquiera declamaciones oratorias, generalidades aparatosas, disquisiciones eruditas, tiquis-miquis de *ideas madres* y trascendentalismos cósmicos. A buen seguro que ningún Salmerón hubiese dicho allí que la proposición debatida «representaba la lucha de lo inmanente con lo trascendental», ni ningún Castelar hubiese hablado del golfo de Nápoles y de los sinsontes americanos.

Todo era allí sencillo, llano y pertinente, como cuadra á los representantes de una sociedad que, por no tener abierto perpetuo juicio contradictorio acerca de los fundamentos de ella y estar constituida en organismo estable, casi exclusivamente había de ocuparse en discutir intereses y pesar oportunidades, valiéndose de razonamientos claros y sin afeites, é ilustrando el punto con la colación de antecedentes, ya que á ningún apoderado se le había de ocurrir que estaban allí reunidos para *crear ó inventar* algo, sino para conservar, modificar y mejorar lo existente, según los casos.

En la misma medida que el pueblo es artífice de sus destinos, conviene que se halle refrenado por principios morales y religiosos. Nada hay que sea tan peligroso y miserable, como el gobierno de una democracia sin creencias; la ruina de la patria, ó el absolutismo dictatorial, son el natural acabamiento de sus vaivenes. La posibilidad legal de hacer todas las cosas, ha de estar rectificada por la obligación moral de abstenerse de muchas.

La democracia baskongada acataba y reconocía la ley de Dios en el régimen de la sociedad; de esta suerte vivió próspera y honrada. Las pocas cuestiones de índole general que, de vez en cuando, solicitaban su atención, resolvíalas magistralmente, inspirándose en las enseñanzas de la verdad católica, sin padecer las oscilaciones que se producen en los gobiernos populares desde el instante que piden consejo y luz únicamente á las mudables opiniones de los hombres.

Por estas causas y otras más secundarias, aunque interesantes, que omito, presenta la constitución baskongada varios de los caracteres que el insigne Macaulay reconocía en la inglesa, al decir que ninguna otra la sobrepujó en el arte de unir la revolución y los derechos prescriptos, el progreso y la estabilidad, la energía de la juventud y la majestad de una antigüedad inmemorial.

So el roble de Gernika doblaron la cabeza y la rodilla los más so-

berbios reyes, amortiguándose el centelleo de su corona, con los verdes reflejos que enviaba el árbol. Sus ramas se extendían por el espacio formando bóveda. A su sombra bienhechora crecieron, como las hierbas de los prados, las leyes de *albedrío*, que no de *sotileza y rigor de derecho*; resonaron los acuerdos de morir por la Religión y la Patria, con temple termopiliano guardados, y la cristiana fraternidad euskara realizó el milagro de constituir una aristocracia natural, sin mengua de igualdad democrática, encomendando el regimiento de la República á los mejores ciudadanos. Nunca la envidia del pobre, ni la insolencia del poderoso, ni la brutalidad del fuerte, ni los cohechos de la ambición, ni la bastardía del interés privado, ni los perjurios de la infidelidad inficionaron los acuerdos de las Juntas forales, las cuales, si quedan vencidas puestas en parangón con otras asambleas, tocante á la magnitud de los asuntos tratados y resueltos en ellas, á la elocuencia de sus deliberaciones y al interés trágico de los sucesos en que intervinieron, á ninguna otra ceden, sino que, por el contrario, á todas exceden, acaso, ó con las mejores se igualan, indudablemente, mirando al acierto de sus resoluciones, honradez de sus propósitos y pureza de sus procedimientos.

Ahora, ¡ay! la soledad reina en la campa guerniquesa. El viento arranca gemidos elegíacos de las ramas del árbol, más cruelmente herido por la ingratitud bizkaina que por el hacha española. ¡Qué caída, Dios mío, en los abismos de tu cólera! Crímenes atroces y repetidos marcan, con manchas de sangre, el continuo descenso de la moralidad pública. En vez del lamento funeral, resuena en nuestras férreas montañas el himno enervador al becerro de oro; las tradiciones patriarcales significan menos que las columnas cerradas de guarismos en el *Haber* de los libros de caja. El odio sectario ulcera los corazones y petrifica las inteligencias. La corrupción se pasea sembrando títulos, cruces y credenciales; la vanidad, como la yedra de las ruinas, trepa por los caracteres degenerados.

Los antiguos junteros, inspirados en el bien público, han sido sustituidos por agentes de negocios, por diputados que cultivan su distrito como se cultiva una huerta; los integérrimos patricios que repudiaban la reelección, por indignos falsificadores de actas. Todas las pandillas y compañías francas ultraibéricas, tienen aquí secuaces, cómplices y esclavos. La renombrada fiereza baskónica surte de genizaros y mosqueteros á hombres, en todo el rigor de la palabra, *públicos* á

quienes nadie estima y considera en Castilla, su patria ó su campo de maniobras, fuera de los parásitos y comensales. Quien se acuerda de lo pasado es un romántico, quien confía en lo porvenir, un visionario. El aplauso, la influencia, el éxito, van á una con las oprobiosas banderas de la resignación ó el contentamiento que la ruina del régimen foral excita en los flacos y viles.

La abnegación más celebrada es la que campea al desnudarse de la opinión propia para adoptar la del que triunfa y se apodera de los ministerios. Algunos, pocos, confinados en una especie de lazareto, gimen y se desesperan; ¡importunos! El pueblo baskongado... gana dinero y se divierte. Pero yo no soy, á Dios gracias, de los que escuchan sus sacrílegas carcajadas, sino que aguzo mis oídos por si perciben el chasquido del litigo vengador que ha de cimbrar la cara de esta generación apóstata.

Junto al roble viejo, muerto en la realidad de la historia y sepultado en el olvido de los euskaros, crece airoso y lozano el roble joven. No es la tierra el elemento de donde ha de sacar la savia que le hace falta, sino los corazones baskos regenerados: necesita sangre pura, generosa, ardiente, que en vez de esparcirse siguiendo el declive del Ebro, salte hacia el cielo, buscando el nivel de las invioladas cumbres, asilo perpetuo de la hasta hoy nunca domada independencia nuestra.

¡Ojalá Dios te conceda la gloria de cobijar bajo tus ramas ese hermoso y anhelado día, arbolito idolatrado de la esperanza! (1)

ARTURO CAMPIÓN.

Pamplona 11 de Junio de 1891

(*Euskalduna*)

(1) Mi excelente amigo el señor Adán de Yarza deseaba que escribiese alguna de mis impresiones en el álbum que hay, con ese objeto, en el Palacio de Juntas de Gernika.

No pude cumplir su deseo, que también era el mío, porque, aunque pedimos el álbum, el encargado dijo que para sacárnoslo necesitaba orden expresa y especial del conservador del monumento.

En las presentes líneas desarrollo hoy las ideas que sintéticamente hubiese consignado entonces.